



## ARTEAGA

**L**a noche del 27 salimos para Arteaga, acompañados del 25.º regimiento, que se componía de 125 hombres y de algunas otras fuerzas. El camino es ancho y parecía de día por el resplandor de la luna. El teniente Beristáin caminaba con una larga impedimenta de carros, en que hacinados iban pasturas, comestibles y mujeres de la soldadesca, que interrumpían con su algazara el silencio de aquella noche tibia y majestuosa.

Una vieja, larga y flaca, vestida de negro y muy dicharachera, montada a caballo a horcajadas, como un hombre, era la que rompía con mucha frecuencia el cordón pasmoso de la columna en movimiento.

Don Venustiano, a la cabeza de la Caballería, dormitaba sobre su caballo prieto; de pronto, al pasar debajo de un arbusto, llamado *galuño*, plantado a la orilla del camino, se siente enganchado por una de sus uñas vegetales, y sangra su ancha frente hasta el nacimiento del pelo.

¡Para que no faltara la corona de espinas en este largo *Vía-Crucis!*

En Arteaga permanecemos cuatro días; nos trataron bien aquellas buenas gentes. D. Venustiano pensó en Arteaga, sin duda porque la situación topográfica nos era propicia.

Circundado el pueblecillo por montañas grandes y abiertas, arroyos y quebradas que se ofrecían ventajosamente a nuestras maniobras; pero nos era más propicia, sin embargo, la hospitalidad de sus habitantes, bravos y dignos descendientes de aquellos capitanes españoles que nos refiere la Historia poblaron la rica región que más tarde fué Villa de Arteaga, y que, según nos cuenta la leyenda, fueron Cayetano de Cepeda, Rodrigo Morales, Ambrosio de Cepeda y Miguel de Valdés.

Pronto dos rancheros, coloradotes como dos manzanas, cerriles y hurafios, hicieron buenas migas con nosotros, y en sus pencos bien ensillados, el día 3 de Marzo, que caminábamos rumbo a Ramos Arizpe, los advirtió D. Venustiano incorporados a la columna.

« — ¿Quiénes son», preguntó.

« — Juan y Lucio Dávila», contestáronle.

« — Están buenos para oficiales de órdenes», agregó.

Después veremos figurar a estos muchachos en el Estado Mayor del Primer Jefe del Ejército, como de los muy queridos y de confianza.

En Arteaga habían estado Miguel Cárdenas, Oscar Garza, el cónsul y vicedcónsul americanos de Saltillo, siempre tercicos y siempre persistentes en la misma idea de que D. Venustiano depusiera su actitud, alegando que todavía era tiempo, y agregando el cónsul que aún tenía instrucciones del embajador Lane Wilson, de la ciudad de México, para preguntarle en qué condiciones podía deponer su actitud. D. Venustiano nunca les dió las más ligeras esperanzas, y como final redactó una nota para Henry Lane Wilson, en la que esbozaba ligeramente las condiciones en que podía evitarse la guerra. Esta nota ofrecía John Silliman llevarla personalmente en automóvil hasta San Luis Potosí, para después hacerla llegar a su destino, lo cual no cumplió. La nota, aun cuando no la tengo a la vista (pero que debe existir en los archivos de la em-

bajada americana, en México), recuerdo sus principales conceptos, y su redacción era de la siguiente manera:

«Arteaga (Coah.), Febrero 28 de 1913. — Señor embajador de los Estados Unidos de América, Mr. Henry Lane Wilson. — México, D. F.

»Señor de mi respeto:

»Atendiendo a los deseos que el Sr. H. W. Holland, cónsul de los Estados Unidos en Saltillo, capital de este Estado, me ha manifestado que usted abriga para que yo, en mi carácter de Gobernador Constitucional del Estado, reconozca la legitimidad del Gobierno del señor general Victoriano Huerta, emanado de los últimos sangrientos acontecimientos de la capital de la República, me permito dirigirme a usted expresándole cuál sería la posibilidad para que yo depusiera mi actitud, no sin antes advertir a usted que muy de otra manera hubiera yo reconocido la formación de algún Gobierno, si se hubieran respetado las vidas de los señores Presidente y Vicepresidente y restituidos a sus puestos; pero después de la desaparición de estos altos mandatarios de la Nación, no puedo cambiar mi actitud si no es en la forma siguiente:

»En primer lugar, deberán darse los pasos legales necesarios para que el señor licenciado D. Pedro Lascurain, secretario de Relaciones Exteriores en los últimos días del Gobierno del Sr. Madero, asuma el cargo de Presidente de la República; hecho lo cual, el señor Presidente Lascurain deberá designar su Gabinete, de entero acuerdo conmigo, nombrando desde luego al Sr. Francisco Vázquez Gómez Jefe del Gabinete y a los demás miembros del mismo, como he indicado.

»Los señores generales Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Manuel Mondragón y Félix Díaz deberán salir fuera del país, y de esa capital los demás jefes del Ejército infidente que tomaron participación en el levantamiento contra el se-

ñor Presidente Madero, y en tanto se hacen las elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República.

»Esa capital deberá ser guarnecida por fuerzas de este Estado y del de Sonora.

»Los deseos que usted ha manifestado en favor de la paz pública, y que han hecho que usted influya, según me informa el señor cónsul Holland, en pro del actual orden de cosas establecido en esa capital, me hacen esperar que usted se empeñará decididamente en que se lleve a cabo lo que yo propongo, que es, en mi concepto, lo que en bien del país, de las Instituciones y de la paz pública, exigen las actuales circunstancias.

»Si usted está conforme y se lleva a cabo lo que dejo indicado, declinaré la actitud que he tomado y sostendré la Administración que se establezca, *siempre dentro del orden constitucional*, agradeciendo a usted mucho lo que se sirva hacer en beneficio del país.

»Sin otro particular, me es grato suscribirme de usted afectísimo, atento y seguro servidor.»

Ésta fué la última entrevista que tuvo el señor Gobernador con H. W. Holland y John Silliman; desaparecieron por la ancha carretera, rumbo a Saltillo, y no volvimos a verlos más.

El día 2 de Marzo se habló también, por última vez, con el Sr. D. Miguel Cárdenas y D. Oscar Garza, lo relativo al préstamo que se había convenido en Saltillo, y en los términos que explico en las páginas 158 y 159 de este libro.

A las cuatro de la tarde, en la estación de Ramos Arizpe, a bordo de un tren especial, saludaba el Sr. Carranza a su familia, que pasaba por aquella estación con rumbo a Piedras Negras, para irse a radicar después a San Antonio Texas. En el tren acompañaban a la señora de Carranza y a sus hijas el doctor José María Rodríguez, presidente municipal de To-

reón, que se encontraba en aquellos días en Saltillo; el diputado Jesús Hermosillo, con su familia, que también aprovechaba el tren para irse a radicar a Eagle Pass, Texas; Jesús Valdés Leal, Valeriano Guzmán y Gustavo Espinosa Miralles, que, como dejo dicho, ya había regresado de acompañar al licenciado Arredondo; pues de Tampico se dirigió a Monterrey y por Laredo salió a Estados Unidos, entrando otra vez por Piedras Negras a Saltillo, para salir nuevamente a la frontera.



